

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS



RENÉ CRESTÉ

CUADERNO N° 15

35 CTS.

EL PRÓXIMO CUADERNO

estará dedicado a la
gran artista italiana

HESPERIA

La gentil actriz de las supremas
elegancias - La maravillosa intér-
prete de la pasión - Su belleza y su
arte - Sus amores

EN PREPARACIÓN :

R. ARBUCKLE (FATTY)
JUANITA HANSEN : WILLIAM S. HART

CUADERNOS PUBLICADOS

- N.º 1 Francesca Bertini
» 2 Ch. Chaplin (Charlot)
» 3 Douglas Fairbanks
» 4 Mary Pickford
» 5 Charles Ray
» 6 William Duncan
» 7 Pearl White

- N.º 8 Gustavo Serena
» 9 Pina Menichelli
» 10 Max Linder
» 11 Margarita Clark
» 12 Eddie Polo
» 13 Maria Walcamp
» 14 Wallace Reid

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

RENÉ CRESTÉ

POR

J. MORENO Y FERRY

EL ACTOR QUIJOTE



NTRÉ las figuras que más destacan su personalidad en la cinematografía francesa, René Cresté ocupa un lugar de preferencia.

Ante todo en René Cresté se ve un tipo apartado de todo lo conocido y que encarna la representación de un ideal romántico. De un bello ideal que no han sido bastante a destruir todos los practicismos de los cronistas modernos y que palpita en el fondo de cada hombre, en su esencia íntima, porque todos los hombres llevan dentro de si, en lo más hondo, dejando a un lado como manifestaciones de lo externo la careta positivista de las exigencias de la época, esas nobles palpitaciones fervorosas del bien por el bien, de las que si acaso alguna vez nos hemos apartado en un sentimiento de utilidades egoísticas, ha sido para sentir luego en la conciencia como un resquemor de falta cometida en secreto y para pensar que no todo en el mundo lo suponen ni valen las descarnadas tendencias de ahogar las voces del corazón, para dejar hablar solo a las de la conveniencia en este tiempo mal llamado de las realidades prácticas.

René Cresté tiene un espíritu hermano del espíritu de nuestro loco inmortal Don Quijote de la Mancha.

Como aquél en el libro por virtud y gracia del manco de Lepanto, éste desde el lienzo nos da lecciones de generosidad y de sacrificio, poniendo el fuego de sus entusiasmos y de su fe en desfacer agravios, en luchar con malandrines, en armar su brazo contra los truhanes y en enderezar entuertos.

Es el caballero andante de los tiempos actuales, que no lleva lanza, ni herrajes comidos por el hollín, ni se hace armar caballero por un posadero burlón después de velar las armas en el patio de la posada, ni tampoco se toca con el yelmo de Mambrino, pero que como el otro y aunque no saliera como el de locas aventuras a la hora del alba, caldeados los sesos hasta encender la locura por la lumbre del sol de Castilla, se nos muestra también esforzado defensor de los débiles, amigo protector de los oprimidos y paladín valeroso de la justicia y de la verdad.

Su figura le ayuda en todo. Es alto sin exageración, esbelto sin jactancia y muy arrogante.

Ya ha pasado por debajo del arco de la segunda juventud y ha pasado con el paso firme y resuelto de los hombres que han hecho un culto de la energía.

Las cejas duras de voluntarioso se marcan en una curva negra y escrutadora sobre los ojos que miran con fijeza alucinante. Tiene la frente despejada y alta de los genios, y la nariz recta y la boca apretada que acusan la virtualidad inquebrantable de las inquebrantables resoluciones.

Y es por esto que cuando lo admiramos envuelto en la capa de *Judex*, le vemos destacarse valientemente del fondo del paisaje, noble, sereno y majestuoso y nos hace recordar a los hombres de antaño, de los que ahora sólo tenemos el recuerdo de las lecturas para matar unas horas de tedio, con la frente inclinada sobre los viejos libros empolvados que tienen las páginas amarillas por el paso de los años.

**CRESTÉ ESTUDIANTE ::
OFICINISTA :: LA FORTU-
NA DE UN CUADRO :: AC-
:::: TOR DE CINE ::::**

René Cresté empezó a trabajar en el cine a la edad en que otros ya tienen alcanzada la fortuna y la fama de muy antiguo.

El, sin embargo, las logró desde el primer momento, desde la primera actuación, allá por el año de 1913, cuando pasados los treinta y cinco años, entró a formar parte del elenco artístico de la casa Gaumont.

Pero antes...

Antes de ser actor cinematográfico René fué muchas cosas. La primera, estudiante díscolo en un colegio ni muy caro ni muy barato, uno de esos colegios para los hijos de la clase media.

Tenían sus padres una posición regular que no llegaba a la opulencia, pero que pasaba con mucho del desahogo preciso para vivir con bastante holgura y un poco de regalo.

Así el hijo comenzó sus estudios para seguir una carrera burguesa de médico, abogado, ingeniero...

Sólo que sus rebeldías espirituales no se ajustaban mucho a las exigencias disciplinarias de los maestros ni al régimen severo de las escuelas, y antes de ingresar en estudios superiores para dar comienzo a la carrera que le asegurara el porvenir, dejó el colegio con los conocimientos esenciales de los primeros años y se dispuso a ganarse la vida y a seguir aprendiendo en la vida misma, todo lo que no quería aprender de libros de texto comprados a muy alto precio por obligación, y de maestros rutinarios.

Ocurría esto a los diez y siete años y entró de oficinista en el despacho de un hermano de su padre, dedicado al negocio de comisiones, importación y exportación.

El sueldo no era excesivo, pero el trabajo en gracia a la libertad del parentesco, tampoco le producía mucha fatiga.

Entre los folios de los libros enormes con el tormento de las líneas interminables de cifras, René Cresté, escondía sus otros libros predilectos, y pasaba el tiempo simultaneando las sumas complicadas y los enrevesados asientos de «Varios a Varios» con el deleite de las lecturas que más eran de su agrado.

Figuraban entre éstas las que trataban de Arte y muy en especial las de Arte pictórico, predilecto para el que ha llegado a ser una primera figura de la cinematografía francesa.

Algunas horas también robaban a la obligación oficinesca y muchos ratos a la rigurosa puntualidad, los que pasaba en el Louvre abierto el alma a la contemplación de los cuadros famosos.

Una tarde, cuando los guardianes del museo corrían por las amplias galerías indicando a los rezagados con sus palmadas que era llegado el instante de marchar para echar a las puertas los dobles cerrojos, hasta el día siguiente, René Cresté recordó al salir a la calle, que llevaba tres días sin presentarse en el despacho de su tío y que una ausencia tan larga tocaba ya en los límites de lo intolerable.

Efectivamente, también le pareció al tío que había tolerado ya todo lo posible dentro de las concesiones máximas al sobrino.

Una cosa es el cariño y el interés otra cosa muy diferente. Además los parientes — oh, la estrecha teoría de utilitarios egoísticos de los hombres que tienen los sentimientos cordiales quemados por la fiebre de los negocios — son los que deben mostrar mayor

afán y cumplir mejor dando el ejemplo de su conducta intachable, mientras la conducta de René no era de un ejemplo muy separado del escándolo diario.

Los dos hermanos — padre y tío de René — lo esperaban en la casa a la hora de la cena.

Por los oídos del muchacho se entró una doble filipica de reconvenciones. Aquello no podía seguir así. Había que corregirse o cortar por lo sano. Corregirse era la esclavitud del trabajo penoso, disimulada con el antifaz de cumplir con la obligación.

Una obligación que se ceñía a levantarse heroicamente a las ocho, asistir como un borrego a la oficina, encaramarse a un taburete para chafar las posaderas nueve horas frente a papelotes y cartas y talonarios de pedido y salir con los ojos encandilados, cansado el brazo y loca la cabeza, a las siete de la tarde, llevando en el ánimo por toda recompensa a tan esforzado sacrificio, la seguridad de unas menguadas monedas a fin de mes y mientras tanto a los veinte años, las aspiraciones truncadas y las botas deformadas y los pantalones con rodilleras.

Cortar por lo sano, era la aventura, pero era la libertad. La libertad lo vale todo.

Y René Cresté cortó por lo sano de un golpe definitivo. No fué más oficinista.

* * *

Pocos días después, y como los empleara todos en leer y visitar museos, se encontró con que aun tenía casi íntegros en el bolsillo los francos de la última paga.

No eran muchos, pero llegaban a los bastantes para comprar un lienzo viejo y opaco, encuadrado en un marco renegrido, que le ofrecía un trapero, con grandes ditirambos de elogio para la mercancía.

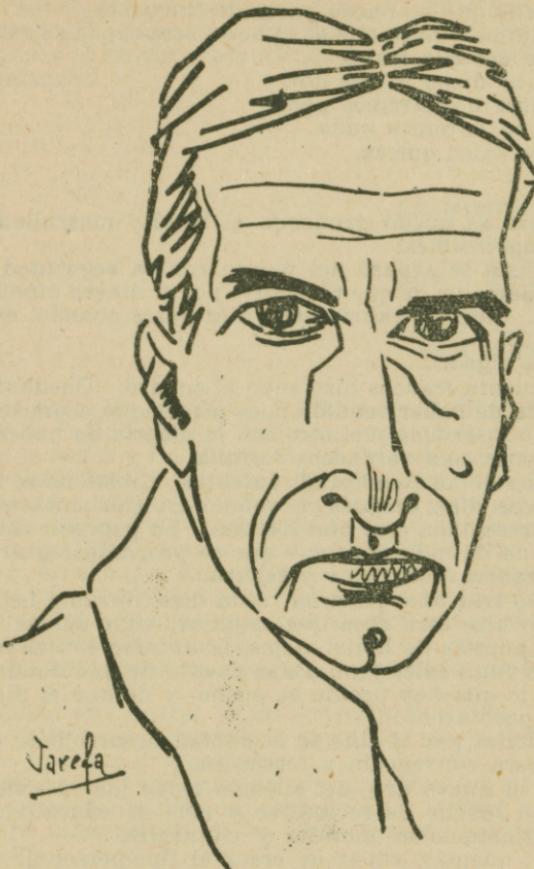
Quería firmemente el trapero engañar al comprador con la astucia de sus bajas mañas.

Sabía el comprador, por la solidez fundamental de su cultura artística, lo que tenía delante.

Entre los dos se entabló una lucha sagaz de regateo.

— Cien francos. Es una obra antigua de gran mérito, por la que ayer mismo me ofrecían el doble y no quise venderla. Hoy he pensado que mover el género es mover el dinero y se la ofrezco en la mitad de lo que vale para comprar en seguida otra que me han enseñado esta mañana y que es una ganga que no quiero desaprovechar.

— Le doy cincuenta francos, porque no tengo más. Y se los doy por el marco; la tela no tiene ningún valor.



René Cresté

Caricatura de Jarefa

- Noventa.
- He dicho que no puedo pasar de cincuenta.
- Ochenta y cinco y trato cerrado.
- He dicho que no puedo pasar de cincuenta.
- Por último y para que se lo lleve, seré capaz de rebajar hasta quedarme en ochenta francos.
- Ya le he dicho lo que doy.
- Entonces no haremos nada.
- Pues no haremos nada.
- Lo que usted quiera.
- Adios.
- Adios.

El trapero se quedó gruñendo el insulto mascullado de unas frases incomprensibles.

René Cresté se separó del puesto con la seguridad de que lo volverían a llamar y de que realizaría por el dinero ofrecido la compra deseada. Aún no habría dado diez pasos cuando, en efecto, se oyó llamar.

— ¡Oiga, oiga!

Por cincuenta francos hizo suyo el cuadro. Quedáronse el uno con la alegría de haber vendido poco menos que a precio de oro un trasto viejo e inservible y el otro con la alegría de haber comprado por una miseria una verdadera fortuna.

Se trataba de un Rembrandt auténtico. Cresté no se había equivocado. Pocos días después lo vendió en cincuenta mil francos.

Esto representaba casi una fortuna. Su porvenir estaba asegurado. La vida de independencia que se proponía seguir se le ofrecía ya de manera más firme y segura.

Y así año tras año, pasaron hasta diez, durante los cuales René Cresté no hizo otra cosa que estudiar, vivir en las bibliotecas, recorrer los puestos de libros viejos, levantarse con el sol, acostarse cuando la luna sale, y no darse cuenta de que donde se saca y no se mete, lo que hay pronto se acaba, y de que el dinero se iba marchando poco a poco...

Las aficiones por el cine se le habían desarrollado entre tanto de una manera convencida y fervorosa.

Veía en el nuevo arte del silencio todas las excelsitudes de la realidad, con mucho de recreativo y más de educativo dentro de señaladas orientaciones morales y culturales.

Se creía, además, capaz de crear el tipo-personaje nuevo, que dentro de los gustos del público, ganado por el furor de las series de aventuras, le hiciera admirar la audacia de los mismos efectos, adentrándole sentimientos de justicia y de bondad conjuntamente con las violentas sacudidas de la emoción.

Y no se equivocó. Ingresó en la casa Gaumont que supo ver en él la seguridad de una adquisición valiosa, filmó su primer película titulada *Amor y gratitud*, y desde entonces hasta ahora, con todas

las obras que ha dado a la pantalla, bastan *La misión de Judex* y *La Nueva Misión de Judex* para dejar todo lo firmemente sentados que están los brillantes prestigios de este actor formidable, representativo de todas las noblezas en el lienzo, intrépido y arriesgado hasta la tragedia, que pasea sus viriles arrogancias de gladiador suavizadas por la dulzura infantil y sonriente de un gesto perennemente bondadoso.

LA MISIÓN DE JUDEX Y
LA NUEVA MISIÓN DE JU-
DEX :: EN LA GUERRA ::
ACTOR Y DIRECTOR ::
: POR CUENTA PROPIA :

Toda el alma de artista de René Cresté, la manifestación más rotunda de su temperamento vigoroso, culmina en sus producciones *La misión de Judex* y *La nueva misión de Judex*, en las que la arrogancia, el desinterés y el valor derrochado en bien de los oprimidos, nos hacen recordar las sublimes locuras generosas de Don Quijote, pero de un nuevo Don Quijote de los tiempos actuales más a tono con la realidad — acaso menos idealista dentro del crudo positivismo de los tiempos que corren — pero más conocedor de hasta donde llega la perversidad y el egoísmo de los hombres.

De todas las películas que recordamos haber visto, estas dos series maravillosas de emoción, son de las que se han quedado grabadas en nuestra memoria con una admiración más firme y convencida.

Al público en general le ha ocurrido lo mismo. Se esperaba *La misión de Judex* con verdadera ansia, por esa curiosidad que despiertan las grandes propagandas.

Con éstas ocurre que cuando son excesivas son perjudiciales, si luego el mérito de la cinta no sobrepuja en interés a lo que el público espera influenciado en un alto concepto por la propaganda hecha.

Ha sucedido con muchas producciones bastante recomendables, que hubiesen podido pasar y pasar gustando a no haberles convertido en fuerza de carteles, anuncios y reclamos en cosa supra-extraordinaria, que luego han fracasado en la pantalla decepcionando a los espectadores en sus legítimas esperanzas.

Para resistir una *reclame* sostenida, las películas tienen que ser superiores de toda superioridad.

Y esto es lo que ocurrió con las dos a que nos referimos, en las que se dan conjuntamente la escalofriante emoción de las aventuras sensacionales, la belleza y realismo de los escenarios, la labor notable de los artistas y el contenido ideológico del argumento, desarrollado en una creación maravillosa por el protagonista que pasea por el lienzo su esbelta figura con un gesto de simpatía, envuelto en su capa y tocado con el chambergo de amplias alas de nuestros caballeros conquistadores.

En estas cintas se da, además, un nuevo valor ocasional que demuestra los entusiasmos y el temple de espíritu de René Cresté.

Todo el salpicamiento heroico de sus escenas, está impregnado de otras escenas de heroísmo real y abnegado.

El heroísmo victorioso de los franceses en los campos de batalla.

Varias veces el trabajo del artista cinematográfico hubo de interrumpirse para que el artista acudiera a las trincheras en defensa de su Francia inmortal.

Durante estos paréntesis que cortaban algunas licencias temporales, la casa Gaumont tenía paralizada la labor de sus estudios y enfrente de sus intereses una inquietante interrogación.

— ¿Y si una bala enemiga cortara la vida de Cresté?

La primera licencia llegó a poco de estallar la guerra, cuando el artista sólo se había batido durante unos meses.

Fué una licencia por enfermo. Unas calenturas pertinaces minaban la resistencia de hércules del glorioso actor.

Contra su voluntad indomable y brava tuvo que alejarse del sitio donde sus compatriotas desafían a la muerte animados por nobles ansias de justicia, y volver a París para reponerse.

Entonces dió comienzo *La Misión de Judex*, que se impresionó con toda rapidez para ser acabada antes de que el protagonista, con la expiración de la licencia, tuviera de reanudar la campaña.

Sin embargo de todos los propósitos y actividades, no fué posible darle término.

Cuando éste se acercaba René Cresté tuvo que volver a incorporarse nuevamente a filas.

Los últimos episodios son más cortos que los primeros con este motivo. La urgencia de adelantar obligó a todos a suprimir aquellos cuadros que no tuvieran carácter esencial y filmar sólo los indispensables para la trama, los de verdadero nervio.

Más tarde, con la segunda época de *Judex*, ocurrió lo mismo. Esta vez no fué una enfermedad, sino una peligrosa herida en el vientre, lo que alejó al actor de las trincheras.

Robusto y fuerte, con temple de acero, triunfó de la muerte. Y así a un tiempo mismo, simultaneando las acciones de guerra con las obligadas y penosas estancias en el lecho, unas veces quemado por la calentura y otra con el cuerpo destrozado por las balas, René Cresté fué desarrollando frente al objetivo los cuadros de las pelícu-



RENÉ CRESTÉ en «El hombre sin rostro»

LAS GRANDES FIGURAS DE LA CINEMATOGRÁFIA



RENÉ CRESTÉ en «Jude»



RENÉ CRESTÉ en «Una noche en Montecarlo»

las que le han dado fama mundial, que han aureolado su nombre de altos prestigios y que al ser proyectadas han dejado en el público palpitaciones de admiración, sacudidas de emociones hondas, y hondas también enseñanzas de abnegación y de justicia, con motivos de tragedia y de justicia, en la a que se dan estrechamente unidas la belleza y la moral.

* * *

Ya acabada la guerra y satisfechos sus compromisos con la casa Gaumont, René Cresté se arriesgó en mayores empresas de doble responsabilidad personal y quiso ser y fué actor y director artístico, para llevar al lienzo su trabajo desarrollado dentro de las normas de su propio criterio, desbordante de nuevas teorías e iniciativas audaces como su temperamento.

Para juzgarlo en esta nueva modalidad de su brillante actuación cinematográfica, queremos remitirnos a la copia de unas declaraciones escritas por el artista y de unas impresiones críticas de uno de los periodistas franceses más sólidamente reputados de imparcial seriedad en estos difíciles menesteres.

EL ARTE DE CRESTÉ JUZ-
: GADO POR ÉL MISMO :

Dice René Cresté en sus declaraciones, traducidas sin añadir punto ni coma.

— Mi principal esfuerzo mientras he permanecido a la casa Gaumont, para la que tengo mis mejores recuerdos y mis mayores simpatías, ha sido encarnar del mejor modo — después de largos estudios para llegar a la compenetración íntima — el espíritu de los personajes que me han encomendado.

Ahora, desde que en una tentativa que, a pesar de muy meditada ignoro el éxito que le espera, filmo por mí mismo y bajo mi expresa dirección; mi principal esfuerzo que escapa de la mera interpretación en creaciones de tipos simbólicos, se extiende a dominar todas las exigencias de la técnica para el mejor logro de los efectos y de manera especialísima a cuanto tenga alguna relación con la luz.

En cinematografía la luz es lo esencial.

Francia es el país cinematográfico por excelencia, pero posee todas las cualidades requeridas para el nuevo arte, menos la indispensable y genérica de la luz.

Al hablar de la luz en este sentido me refiero al aparato de cla-

ridad que permita posar con dominio en verdaderos interiores. Es decir, en todos los sitios no iluminados directamente por la luz natural del sol.

Con un aparato que pudiera recoger y transmitir la potencia y claridad de esta luz, la supremacía del cine estaba lograda para siempre.

En cuanto a mi técnica, está fundada en la seguridad de que sin la garantía de una documentación especial y su afortunado desarrollo, la mejor película no pasa de vulgar y las interpretaciones más acabadas y perfectas no pasan de lo mediocre.

Mis proyectos del presente y para el porvenir están bien definidos.

Trabajo ahora en la ejecución de algunas películas que tengo contratadas de compra con la Eclipse. Luego seguiré trabajando para ceder los negativos a quien los quiera, y, tanto en las cintas ya vendidas y por vender, como en las por hacer y colocar más tarde o explotar yo mismo, pongo y pondré siempre todo mi entusiasmo y todos mis conocimientos, cuidando por igual del mérito de los artistas, de la originalidad y sensacionalismo del argumento y de la belleza de los fondos, de todos los detalles, en fin, indispensables de tener en cuenta, si se quieren alcanzar conjuntos admirables.

No tengo actores predilectos para los argumentos ni me sugestionan los nombres; lo que me interesa es la obra y si la obra me gusta y la considero vertible a la pantalla, la adquiero, sea de quien sea, y sin regatear lo que me pidan en tanto que no escape de lo racional.

Respecto a la cantidad de labor creo que debe ser moderada y no excesiva, para que resulte buena. La abundancia de producción, tendiendo más a lo comercial que a lo artístico, merma en mucho el valor positivo de las cintas.

Prefiero producir poco y producir bien, hasta donde lleguen mis fuerzas, pero jamás las violentaré con las prisas industriales de las que soy enemigo por convencimiento.

No pienso acabar más de cinco o seis films por año, o acaso menos.

Y como mis ansias de perfeccionamiento van más lejos siempre del momento actual, no puedo decir, hasta que termine de ser actor cinematográfico, cuál es mi película preferida.

La crítica asegura que de las dadas a la pantalla hasta ahora, *Judex* es la mejor.

Es posible que sea así, pero me parece que llegaré a algo más perfecto todavía, y hasta que no lo logre para darme por satisfecho o fracase con una decepción que no espero, no emitiré juicio propio sobre mi labor.

Agradezco a todos los elogios que me animan, escucho y leo las críticas que me orientan, y sin dejarme influir de los primeros hasta la egolatría ni llevar de las segundas hasta ceder en mis apre-

ciaciones personales, sigo con la evidencia de que el campo que se ofrece al nuevo arte del cine es de una grandiosidad de extensión incalculable, y de que hay que moverse dentro de él con todas las miras puestas en los altos ideales artísticos y morales del bien por el bien, llevados a la pantalla con ejemplos sanos y palpitantes de belleza y de generosos heroísmos que acallen, siquiera un poco, las voces del instinto de los hombres de ahora, con las fuentes del sentimiento cegadas por las exigencias egoísticas de la realidad actual.

EL JUICIO DE UN CRÍTICO
FRANCÉS :: DICE J. H.
::::: ROSNY :::::

J. H. Rosny, reputado como uno de los mejores y más serenos críticos cinematográficos de Francia, ha escrito de René Cresté, desde las imparciales columnas de *Hebdo-Film* y a propósito de la cinta *La Aventura de René*, los párrafos siguientes que entresacamos de un artículo más extenso:

«Se habla desde hace mucho tiempo de la necesidad de luchar contra la preponderancia del film extranjero, creando un género que, respondiendo a las delicadezas temperamentales del gusto francés, permita a nuestras casas rivalizar en emoción, en la belleza de las mujeres y en la presentación suntuosa, con las cintas de fuera que en aluvión se reparten por el mundo.

Naturalmente que una tentativa así, no puede verse en un solo día coronada por el éxito.

Se precisa para llegar a éste una educación gradual del público, hasta crear un público nuevo que aspire a ver en la pantalla una nueva modalidad del arte del silencio, despreciando un poco la falsa sensación de las lluvias de puñetazos, saltos de acróbatas, trenes que descarrilan, incendios, naufragios y salvamentos de oropel, interesándose más que por los grandes efectos de bandalina, mentidos y rebuscados, por la labor personal de los actores, por la esencia de los papeles representados, por el modo como las películas están puestas en escena, por la fidelidad y exactitud de los ambientes, por los pequeños cuadros de medias-tintas que ahora pasan desapercibidos, por las observaciones perspicaces, por todo aquello, en fin, que ha llevado triunfante a la comedia francesa frente a los chavacanismos clownescos, y a los dramas franceses frente a las truculencias de guardarropía, fomentando el estímulo de nuestros gentiles comediantes y levantando los sentimientos del espectador con un trabajo de verdades y de méritos en el que el espíritu se eleve sobre la materia.

Es positivo que si se llevan directamente al cine nuestras obras

con los fondos de sobriedad que las envuelven, quedarán deprorablemente eclipsadas por la espléndente visualidad de la puesta en escena de las películas americanas, dando al espectador poco apto para los secretos del arte dramático, una sensación de frialdad al lado de aquellas que han creado un otro público sensible al gran aparato de riqueza que encuadra los motivos en marcos carísimos y pomposos.

La tentativa de René Cresté, con las sólidas orientaciones de su nuevo género y el triunfo alcanzado desde las manifestaciones primeras, envuelve sin embargo muchas dificultades, de las que su genio creador sabrá salir airoso.

Ante todo, es muy de aplaudir en sus propósitos la resuelta valentía de abordar una labor nueva y meritoria, cara a cara, frente a todos los prejuicios y corruptelas del gusto estragado, y llevarla adelante con la convicción segura de que presta con ello un señalado servicio al florecimiento de la cinematografía francesa, educando y deleitando, haciendo sentir y haciendo pensar, y metiendo en el fondo del corazón de los hombres generosos ejemplos de abnegación, sin otras miras que las muy altas de un ideal supremo.

Todo esto encajado dentro del gusto francés, sin influencias de fuera, es digno de la mayor alabanza y simpatía.

En este juicio no influye para nada la simpatía personal que el actor me merecé, ni menos el que estas líneas estén trazadas momentos después del éxito alcanzado por la película *La Aventura de René*, cuyo argumento hice por encargo expreso del artista.

Lo mismo en este argumento que en los otros que le tengo hechos, no me he apartado de la línea trazada por sus orientaciones.

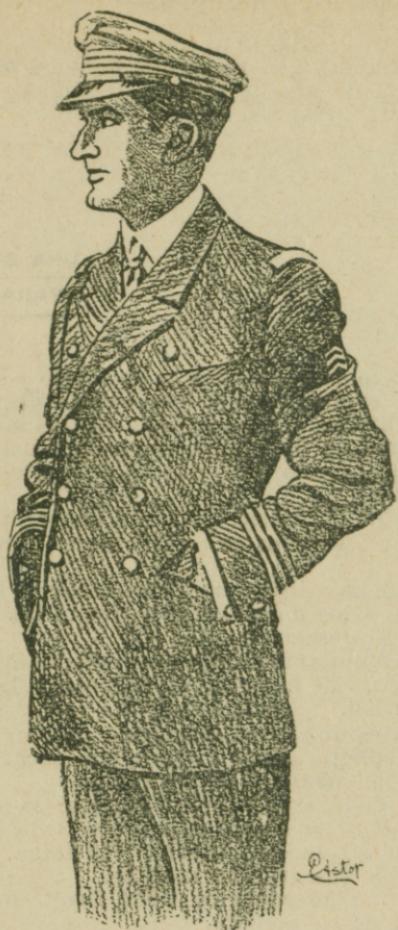
Mi labor se ha reducido a trazar una obra que permitiera — así es el deseo de Cresté — la creación de sencillos cuadros de intimidad, con desarrollo de un amor francés y en la que todos los juegos del corazón y del espíritu girasen en torno de una intriga suficiente para mantener la atención y el interés del público, sin llegar a hacer secundarios los esfuerzos de los otros motivos de la escena y sujeto a la idea de que había que poner tanto de pintor como de escritor, en una labor en la que los pensamientos deben expresarse por medio de cuadros tomados de la vida estética, haciéndonos vivir en una atmósfera especial dentro de nuestro gusto característico.

Nadie que no conozca las cosas del cine puede darse cuenta de las dificultades que Cresté ha tenido que vencer en su producción admirable.

Esta cinta, como todas las suyas, es impecable de ejecución. René Cresté en el lienzo es la concreción suprema del verismo en la expresión y en el gesto.

Pero además, también son sorprendentes los cuadros de luz y el minucioso cuidado de todos los detalles.

Hasta ahora estábamos convencidos de que René Cresté era uno de los mejores actores de la escena muda francesa.



René Cresté en *Una noche en Montecarlo*

Dibujo de E. Astor

Desde ahora estamos además convencidos de que pocos directores le igualarán sin que haya ninguno que le sobrepase en competencia.

Y las dos cosas, nos llevan al convencimiento de que René Cresté es el creador del nuevo género de que hablaba al comienzo de este artículo y que ha de añadir nuevos prestigios a los muy áureos de la cinematografía francesa.

UNA OLLA DE ALGO MÁS
: VACA QUE CARNERO... :

Como el hidalgo de la Mancha es de sobrio y sencillo René Cresté, y como aquél es galante con las damas, atrevido con los caballeros, pronto al ataque y desprendido con los humildes.

Su vida íntima es un raro ejemplo de austerdad. Comer lo preciso, dormir lo preciso y no dar al cuerpo regalos que lo debiliten ni abotarguen.

De la salud y de la higiene ha hecho una religión.

Sabe bien que los vicios se comen la resistencia física y no es vicioso.

Sabe bien que las digestiones laboriosas y los reposos largos restan elasticidad a los músculos y engrasan las carnes y es parco en la mesa y en el descanso.

Así, a los cuarenta años cumplidos, tiene la agilidad de un mozo sano, la musculatura de acero de un héracles y la arrogancia firme de la plena juventud.

Toda su vida es una línea recta.

El mismo caballero audaz y noble que encarna en la pantalla es el audaz y noble caballero particular.

Ya de niño, en la escuela, se manifestó su carácter protector y generoso, con idénticos rasgos firmes que tiene en estos momentos en los que la popularidad, la fortuna y la fama, se han rendido a sus pies esclavas de sus grandes méritos.

Sabemos de una anécdota de René Cresté que es una prueba de la virtualidad de su espíritu.

Un día salió del colegio revoltoso y animado como sus compañeros y con ellos se marchó a jugar por los arrabales hasta que fuese llegada la hora de la cena.

Ya solo, camino de su casa, oyó los lamentos de un chico y las voces rudas y agresivas de un hombre, que sin duda le debía estar pegando una paliza de órdago.

Volvió presuroso la esquina de donde partían los lamentos y vió que, en efecto, un carretero tenía cogido a un niño por el brazo y con la otra mano le prodigaba una lluvia de puñetazos en el salvajismo de sus iras cerriles.

René Cresté enrojeció de rabia y de impotencia ante el espectáculo. Nadie pasaba por la calle y nadie podía arrancar al infeliz aporreado, de las garras del bárbaro que amenazaba dejarlo sin vida.

—No importa que yo sea pequeño, ni menos importa lo que haya hecho ese desgraciado para que lo apaleen de ese modo —debió pensar,— y resuelto llegó hasta el carretero, que soltó la presa para vengar la osadía del mocoso que se atrevía a desafiarlo con los ojos y a recriminarlo con la palabra.

* * *

El apaleado, al verse libre, escapó corriendo calle adelante en una frenética carrera de pánico.

René, que ya iba a ser cogido, dió un ágil brinco de defensa hacia atrás y cogió una gruesa piedra del arroyo.

En menos de un segundo, el carretero se apoyaba en la pared para no caer desvanecido al suelo, herido en la frente de una certera pedrada.

René entonces llegó hasta él, despreciando el peligro. Limió con su pañuelo la herida de la que manaba abundante sangre y vió como aquel energúmeno, ganado por la arrogancia del zagal, no osó levantarle la mano.

—Eres un valiente, chico —le dijo.

—Valiente, no. Pero me parecía injusto que usted apalease, abusando de su fuerza, a un infeliz que no podía defenderse y he querido librarlo a él, que ya tenía encima bastante leña, aunque me hubiese tocado comenzar por recibirla a mí.

* * *

Apoyado en el hombro de René, llegó el carretero hasta su casa.

Cuando René entró en la de sus padres la luna estaba ya mucho tiempo luciendo en lo alto.

Y cuenta René que la paliza de que había escapado no logró más que aplazarla, porque luego sus padres le dieron una bastante regular por haber llegado tarde, y aun lo dejaron sin postres ocho días.

Y él calló el motivo de su tardanza, un poco porque no lo hubieran creído y un mucho porque las acciones buenas deben guardarse en secreto para no incurrir en el pueril pecado de la jactancia.

Quien como René Cresté así hace y así piensa, no ha tenido que esforzarse mucho para crear el personaje de Judex ni ninguno de los otros que tanto se ajustan y tan bien responden a su carácter.

De no haber sido actor cinematográfico — escribe don Félix de Albaniago, — escapando a la mediocridad de un medio burgués, Cresté hubiera sido un noble aventurero, audaz y quijotesco, que hubiera corrido bajo todos los cielos y agrietado sus pies a lo largo de todos los caminos, buscando a través de toda su vida generosa un alto ideal que defender.

Así y todo ya cumple en la pantalla un fin altruista. Crear artísticamente un personaje valeroso y bueno, equivale casi a tanto como vivirlo.

**LAS ADMIRADORAS DE
CRESTÉ :: UNOS CELOS Y
: : : UN AMOR : : :**

Infinidad de cartas amorosas de los más remotos países llegan todos los días a manos del popular actor.

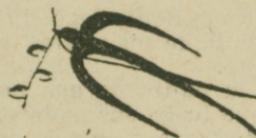
De esta correspondencia tan abundante alguien sintió en el fondo de su corazón el escozor de los celos.

Fué Ivette Andreyor, la gentil artista francesa, que con Cresté ha compartido tanto las glorias del triunfo.

Los celos, sin embargo, fueron pasajeros.

Parece que un inmenso amor une a los dos artistas, y que, trabajando juntos o trabajando separados, marchan muy unidos por la senda de la gloria, llevando en sus pupilas el brillo radiante de la felicidad y de la ilusión.

J. MORENO Y FERRY



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, *España y Portugal*: 18 ptas.- *Extranjero*: 25 ptas.

> semestral	>	>	9	>	>	12'50
> trimestral	>	>	4'50	>	>	6,25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

A. Ruiz. — Madrid. — Servido a su tiempo los números 4 y 7.

Varlas lectoras de «Tras la Pantalla». — Ciudad. — Oportunamente publicaremos las biografías que tienen la bondad de indicarnos.

Berenguer, atleta. — Reus. — De los argumentos que pide, solamente podemos servirle dos. Mande 1'10 ptas. en sellos de correo y se los remitiremos certificados.

Un entusiasta. — Ciudad. — A su debido tiempo saldrán las biografías de los artistas que menciona.

F. G. Villalba. — Granada. — Remitidos los números que pedía, el 10 de Febrero.

C. S. — Tarragona. — La dirección de William Duncan es: "Vitagraph C.^o of America" East 15 th. St. and Locust Avenue Brooklynn — New-York. (U. S. A.)

A. L. T. — Madrid. — Mande 1'55 ptas. en sellos de correo y le enviaremos certificados los números que pide.

Un admirador de Perla Blanca. — Bañolas. — De no poderlo hacer en inglés o francés, hágalo en español.

M. A. C. — Palma de Mallorca. — Perfectamente de acuerdo respecto a las biografías. Para los argumentos diríjase a nuestros correspondentes en esa.

